

ESPAÑOL

Museo del
Romanticismo

Itinerario



MINISTERIO DE CULTURA

© Edita:

SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Subdirección General
de Publicaciones, Información y Documentación

NIPO: 551-11-002-7

Museo del
Romanticismo

Itinerario

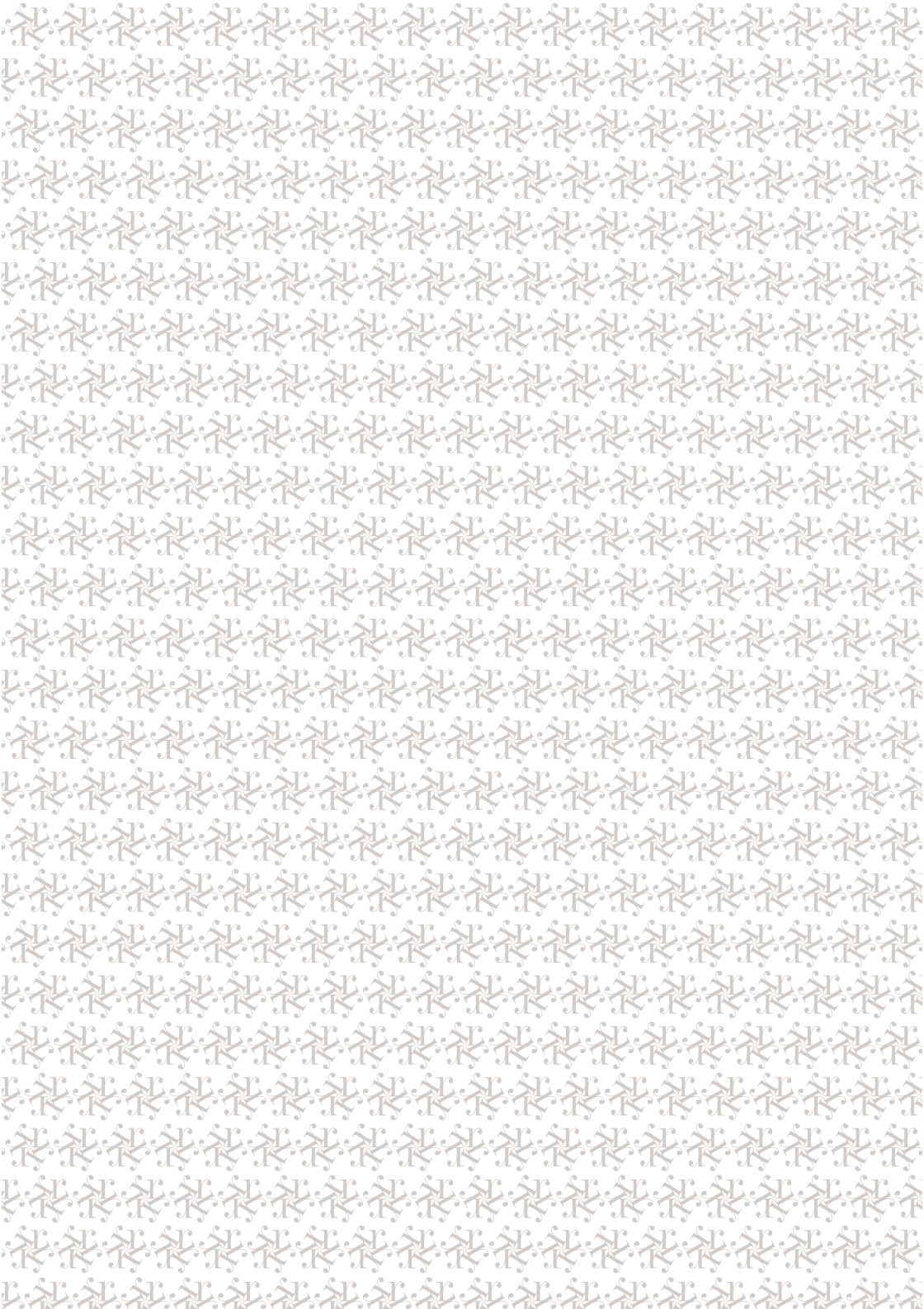
El Museo del Romanticismo

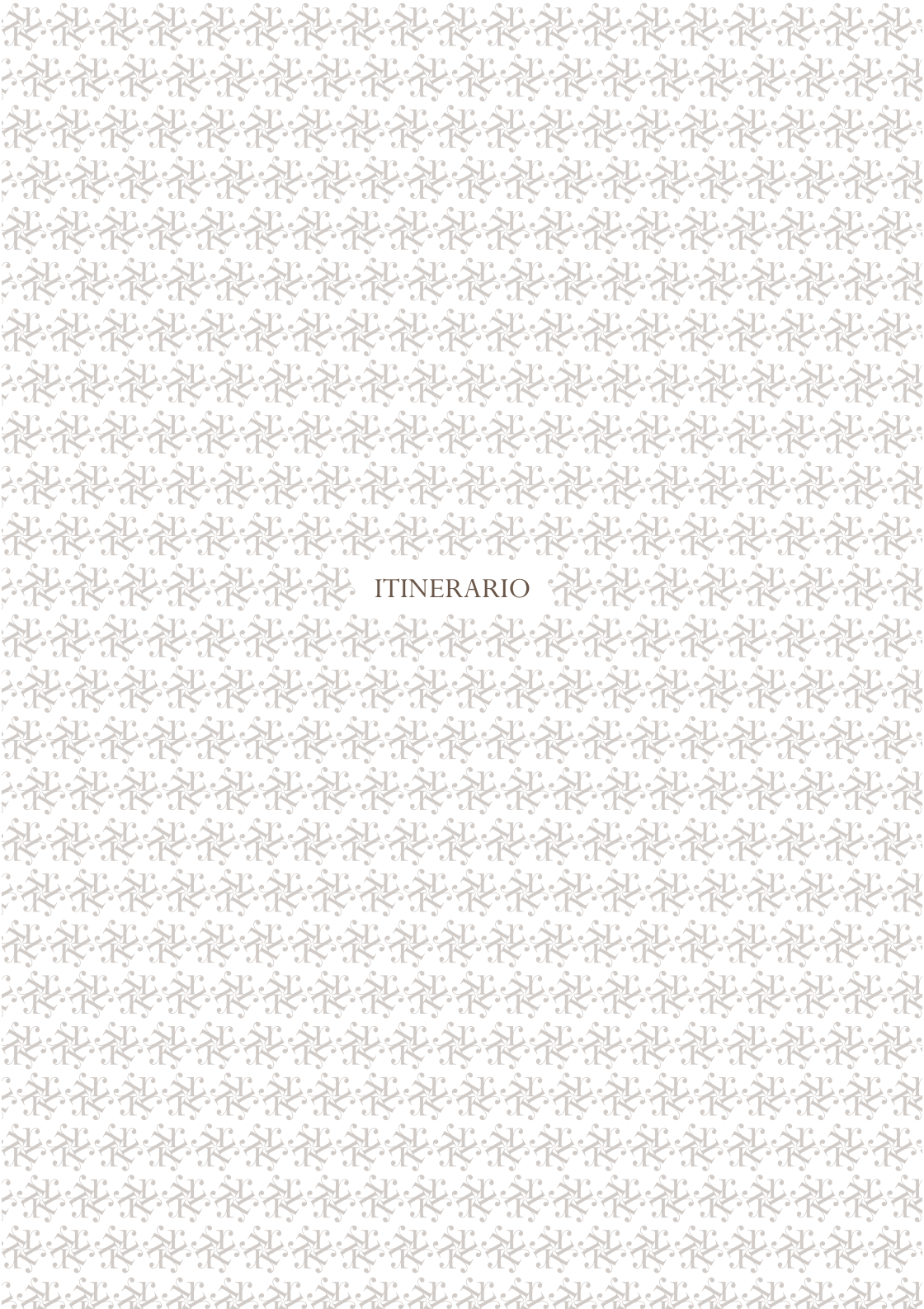
El Museo del Romanticismo, movimiento cultural y político que logró su apogeo en toda Europa durante las primeras décadas del siglo XIX y que significó una nueva concepción del mundo, está situado en un palacio de estilo neoclásico construido en 1776, bajo la dirección del arquitecto Manuel Rodríguez.

Su fundador, Benigno Vega-Inclán (Valladolid, 1858-Madrid, 1942), llevó a cabo infinidad de proyectos culturales y, en 1924, con el apoyo de importantes intelectuales como Ortega y Gasset, inauguró el Museo Romántico, que se inició con su colección personal, que contenía no sólo pintura, sino también otros objetos de mobiliario y artes decorativas.

Su renovación ha afectado tanto al edificio como al proyecto de exposición, a los itinerarios internos, a los servicios e, incluso, al nombre —de Museo Romántico a Museo del Romanticismo—, lo que subraya aún más su identidad de lugar de disfrute público dedicado al estudio integral de una época, a través de las nuevas corrientes historiográficas y museológicas.

Se trata de una casa-museo y por ello, ofrece la posibilidad de llegar a conocer aspectos de una sociedad y de un periodo artístico como el Romanticismo —que se sitúa en España durante el reinado de Isabel II (1833- 1868)—, además de recrear cómo se desarrollaba la vida cotidiana del momento: gustos, tendencias decorativas, moda, creencias, jerarquías sociales, ocio, nivel de tecnología, etc. La exposición ofrece distintos niveles de información, a través de dos recorridos fundamentales: un itinerario que sigue un *criterio temático* —en el que se muestran cuestiones históricas y políticas, además de artísticas— y un recorrido *ambiental*, con especial referencia a los aspectos decorativos y al desenvolvimiento de la vida cotidiana en la época.





ITINERARIO

La Escalera

En el zaguán se sitúa la escalera de acceso a la planta noble del edificio, con tribuna central desde la que, durante los bailes de gala, se podía ver tocar a los músicos de la orquesta.

La vivienda era un mundo aislado en el que sólo se permitía entrar a los elegidos y donde se materializaban las miras de poder: los objetos, el mobiliario, la decoración, estaban dispuestos para el lucimiento y se colocaban siempre de forma acumulada, densa, sin dejar apenas espacios libres.

A ambos lados de la escalera, nos dan la bienvenida los protagonistas indiscutibles de esta historia: las nuevas clases adineradas, representadas en los dos imponentes retratos de tamaño natural, pintados por el sanluqueño Ángel María Cortellini, en los que tenemos la oportunidad de atisbar un rico interior palaciego —parecido al que tendremos ocasión de admirar durante nuestra visita al Museo—. Deseosa de emular

a la nobleza, de mostrar su pujante situación y de convertirse en una nueva élite, la burguesía comenzó a demandar sus retratos y a adquirir arte para decorar sus mansiones, resaltar su distinción social y cultivar sus gustos.



I

El Vestíbulo



El vestíbulo es un espacio de recibimiento que da paso a la parte noble de la casa. Siendo la primera habitación con la que se encuentra el visitante, en ella se sintetizan algunas de las novedades y características de la casa isabelina, donde pueden apreciarse ya importantes cambios con respecto a la forma de decorar del pasado: un aumento en la densidad de objetos y en la decoración, un efecto de “ablandamiento”, debido al almohadillado de los muebles y a la profusión de elementos textiles, y un eclecticismo que revive indiscriminadamente estilos antiguos, modelos foráneos y tendencias estéticas muy diversas.

La casa fue también un lugar para el tiempo de ocio, para la conversación, los cotilleos, la música, el juego, de todo un ritual en las visitas. La decoración de esta zona es sobria y el mobiliario contiene ya muchos de los “prototipos” más característicos del periodo romántico: sillaría, velador, reloj de péndulo, etc.

Desde el punto de vista temático se explicará la problemática en torno al derecho de sucesión al trono de la reina, que contaba tan sólo tres años cuando, al morir su padre Fernando VII, comenzó su reinado bajo la regencia de su madre la Reina María Cristina. Para ello, el rey había tenido que suprimir la Ley Sálica que privaba a las mujeres del derecho al trono. Esta irregularidad en la sucesión, se convirtió en el detonante de las guerras carlistas, ya que Carlos María Isidro, hermano del monarca fallecido, se sentía más legitimado que ella para acceder al trono.

II

La Antecámara

La Antecámara es “el espejo de la casa” ya que debe informar al visitante sobre la importante situación social y económica de sus poseedores. El techo pintado, en el que se finge el pabellón de un quiosco oriental, procede del Casino de la Reina, palacete que la Villa de Madrid regaló a la Reina Isabel de Braganza.



Desde el punto de vista temático, esta sala se centra en la mayoría de edad de Isabel II. Destaca la impresionante obra *Isabel II dirigiendo una revista militar*, firmada por Charles Porion, que la presenta como jefa de los ejércitos, acompañada de sus generales y de su esposo Don Francisco de Asís.

De la Antecámara pasamos a la zona más noble de la casa, constituida por un gran Salón de Baile y dos salones a cada lado, donde se exhibe el mobiliario y la decoración más suntuosa: paredes en-

teladas, arañas de cristal, cortinas con pasamanerías y damascos, porcelanas doradas y grandes espejos que reflejan la luz de las lámparas y multiplican las imágenes, ofreciendo una sensación de espacio más amplio y abierto. En esta zona tenían prioridad las apariencias frente a la intimidad, por lo que cada habitación daba directamente a la siguiente, sin pasillos, dispuestas en hilera o *enfilade*, con lo que se podía gozar de una visión continuada desde un extremo de la casa hasta el otro.

III

El Antesalón

El primer antesalón comunica en enfilada con el gran Salón de Baile y está bellamente decorado. El impresionante techo pintado tiene la misma procedencia que el de la Antecámara y representa una *Alegoría de la Noche*.

El mobiliario es de estilo fernandino, una interpretación del Imperio francés, que llegó muy tardíamente a nuestro país a causa de la Guerra de la Independencia. Sobresale el diván o canapé, de líneas muy elegantes, que hace juego con las pequeñas sillas de asiento circular y patas rematadas en garra de león —símbolo de poder— y el tocador masculino



no de caoba. Ejemplo de la importancia de la música en las veladas románticas es el precioso piano —en madera de palosanto y marquetería— que ganó la medalla de oro en la Exposición de París de 1844.

Desde el punto de vista temático, en esta sala se explican los antecedentes históricos y políticos del Romanticismo español, con especial mención a la Guerra de la Independencia, la Constitución de 1812 y la vuelta al Absolutismo de Fernando VII.

IV

El Salón de Baile

Solía ser la habitación más espaciosa de la casa y la de mayor lucimiento, ya que estaba destinada a un uso plenamente social. El lujo y la ostentación son sus características más evidentes. En los grandes espejos de las paredes brillan el oro y la seda. El destello de las dos arañas fernandinas resalta el fantástico techo, del mismo autor y procedencia que el de las salas anteriores, que representa una *Alegoría de la Aurora*.

La sillería isabelina de caoba perteneció al ministro Antonio María Fabié, en cuyos salones había tenido lugar una típica tertulia romántica, a la que acudían Gustavo Adolfo Bécquer o la Avellaneda, entre muchos otros. Las consolas, las mesitas y la repisa de la chimenea son el soporte perfecto para acumular los pequeños objetos y *bibelots* —porcelanas, fanales, cajas de música, relojes, etc.— que, en realidad, son la “memoria” de la familia. La música es plena protagonista en esta área: el arpa, firmada por Sebastián Erard, es típicamente romántica, con decoración neogótica. El piano, con el escudo real en su tapa, fue construido especialmente para la Reina Isabel II por la casa Pleyel de París y el piano-forte es un bonito ejemplar inglés que anticipa ya el piano vertical.

Por lo que se refiere a la pintura, esta sala se centra temáticamente en el género del retrato, que disfrutó de gran auge durante el Romanticismo. El retrato femenino suele mostrar a una mujer distinguida y arropada por su posición social o por la protección que el matrimonio le ha trasmitido. Sin embargo, los protagonistas masculinos suelen representarse llevando a cabo labores intelectuales o disponiéndose a salir del hogar, reflejo de su naturaleza esencialmente pública. El retrato de familia había cambiado con respecto al pasado, lo importante ahora era remarcar los lazos de afecto que unían a cada uno de sus miembros. Por el contrario, en los retratos de la realeza, lo fundamental era mostrar la continuidad de la línea dinástica, unida a determinados símbolos, como la corona o el cetro.



V

El Antesalón

El último salón noble está decorado para crear un ambiente apropiado para las reuniones sociales más informales y las tertulias. El interior de la casa se fue haciendo cada vez más atractivo y su disposición fue cambiando, conforme iba dominando la idea de confort. El mobiliario que anteriormente era inamovible, se fue sustituyendo ahora por otro más liviano, como las llamadas “sillas volantes” que, colocadas junto a las paredes de la sala, podían ser desplazadas en el momento de su uso hacia el punto de tertulia. Éstas son de caoba y pertenecieron al escritor y poeta Juan Ramón Jiménez. Se combinan con otros muebles móviles, dispuestos en agrupaciones informales en torno a una mesa de juego, para fomentar las conversaciones más íntimas. Completa la sala el piano, firmado en 1827 por el madrileño José Colmenarejo, con una decoración de escudos e instrumentos musicales.



Desde el punto de vista temático, esta sala está dedicada a aspectos más serios relacionados con los avatares políticos y las contiendas del reinado de Isabel II: las Guerras Carlistas y la Guerra de África. En el muro frontal destaca el *Retrato ecuestre del general Prim*—héroe militar de ambas guerras que perteneció al progresismo antidinástico y estuvo a la cabeza de la Revolución “Gloriosa”, sulevación que, en 1868, acabó con el reinado de Isabel II— de Antonio María Esquivel.

VI

La Sala de los Costumbristas Andaluces



Una vez recorridos los espacios más nobles de la casa, accedemos a un ámbito más íntimo y privado, al que también se dejaba acceder a las visitas de confianza. Las habitaciones se separaban dependiendo no solamente de su función, sino también de la persona que habitaba en ellas.

En este entorno se representa un mundo que corresponde a un estatus social inferior, alejado de la afectación de la nueva burguesía. Por ello su decoración es menos formal: la sillería, de madera de nogal y enea, es una bonita interpretación popular del estilo Imperio, con una clara influencia inglesa (tipo Sheraton). En estos momentos, las exposiciones industriales dieron un fuerte impulso al mueble seriado, como las llamadas “sillas de Vitoria”, que eran portátiles, con asiento de enea o paja y una estructura de palos torneados.

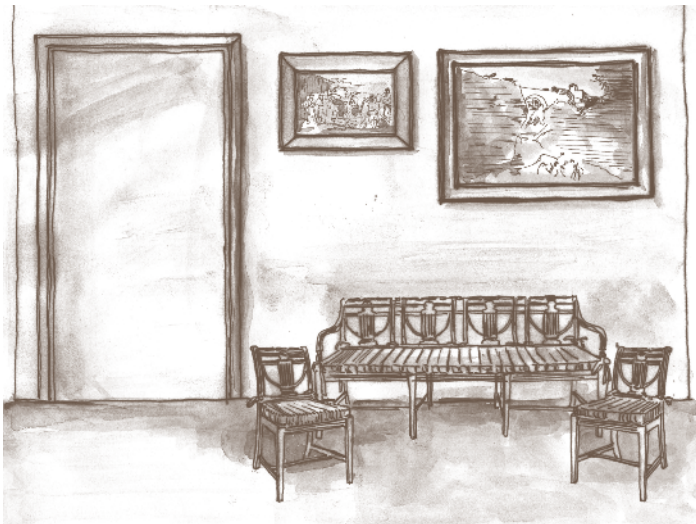
Desde el punto de vista temático, dedicaremos toda este área (salas VI a la VIII) al costumbrismo, una visión “pintoresca” de lo popular que estaba destinada a una clientela de extranjeros que buscaba el tópico de lo español y a una burguesía nacional que prefería olvidarse de la verdadera realidad social del momento. Desde el punto de vista pictórico, el costumbrismo de la Escuela andaluza ofrecía una imagen del pueblo y sus costumbres idealizada y dulcificada, alejada de la realidad, con una clara influencia de Murillo. Uno de los factores de exotismo más apreciado fue la originalidad y variedad de la indumentaria española, por lo que los temas de “tipos y trajes” tuvieron gran importancia. En relación con la fiesta y el ocio, fueron también muy comunes las escenas centradas en el mundo de la taberna, el mesón o la venta.

VII

La Sala de los Costumbristas Andaluces

Continuando con el ambiente anterior, esta habitación está amueblada con un cómodo sillón de enea y una sillería a juego. Destacan las dos vitrinas con una importante colección de estatuillas de barro representando tipos populares procedentes de talleres de Granada, Málaga y Murcia.

Desde el punto de vista temático se exponen otros asuntos del costumbrismo andaluz. Uno de sus personajes más arquetípicos fue el del bandolero y contrabandista, leyenda que fue también alimentada por los viajeros extranjeros que vieron el fenómeno con demasiado “color local”. Junto a los majos, los bandoleros y los contrabandistas, los “tipos” del torero y del picador, constituyen los más importantes rasgos del tópico español. Seguramente el torero más romántico fue Francisco Montes “Paquiro”, que en 1836 escribió una de las primeras reglas del toreo.



VIII

La Saleta de los Costumbristas Madrileños

En esta pequeña salita se exponen algunos ejemplos de la llamada escuela costumbrista madrileña, cuyos componentes —Eugenio Lucas, Francisco Lameyer y Leonardo Alenza— cultivaron un populismo de matiz goyesco, más auténtico y bronco que el folklorismo sentimental de la escuela romántica andaluza.



Estos pintores fueron muy criticados por los sectores más academicistas por varias razones: la importancia que otorgaban a la imaginación o la invención —considerada poco seria y propia de pintores de segunda fila— y el uso de una factura deshecha y una textura inacabada —abocetada— que, junto a la velocidad de ejecución, se veían como algo casi “indecente”.

Muchos de estos “defectos” tenían su origen en el mismo Goya. Del genio aragonés recogen también buena parte de la temática, que nos ofrece una España al revés, un mundo patas arriba donde todo se confunde y muestra lo absurdo de la conducta de los seres racionales. Los asuntos más tratados fueron el matrimonio desigual, los horrores de la Inquisición, las escenas de bandidos, las máscaras en un baile y la conducta “animalizada” del ser humano, visible en cuadros de Alenza como el *Mono ermitaño* y *La crítica*. La sala se completa con una visión de las calles madrileñas, a través de varias estampas de los Caprichos de Alenza y de Francisco Lameyer, en los que no se oculta la mediocridad y pobreza de la vida cotidiana, de la que ambos fueron testigos y cronistas.

IX

La Salita

El uso de una o más salas como habitación de reunión para toda la familia, reflejaba la necesidad de tener en la casa un lugar más relajado y menos formal. El término “cuarto de estar” se hizo común a mediados de siglo. En las ventanas, pesadas cortinas de seda pintada en azul oscuro parecen indicarnos que los posibles habitantes de la casa temían que la luz excesiva dañara los muebles o pudiera inundar sus sentimientos más secretos. En las paredes frontales dos vitrinas empotradas muestran una bonita colección de abanicos, accesorio femenino eminentemente romántico y un curiosísimo conjunto de litofanías (placas de porcelana moldeadas con temas pictóricos que, vistos a la luz, se destacan en claroscuro).

El recorrido temático se centra en el género del paisaje y las vistas arquitectónicas. Destaca la personalidad de Jenaro Pérez Villaamil que, inspirado por aquellas neblinas y densas atmósferas sugerentes con las que interpretaron España los pintores ingleses como David Roberts es, sin duda, el pintor más brillante de cuantos se acercaron a la pintura de paisaje en España. Llevó a cabo su famosísima publicación *España artística y monumental*, patrocinada por Gaspar de Remisa (cuyo retrato podemos observar en la sala XXII). Otras pinturas, siguiendo la lección impuesta por estos enormes libros de viajes bellamente ilustrados, tuvieron como tema las obras públicas llevadas a cabo por la Monarquía, convirtiéndose en uno de los primeros ejemplos de propaganda política dirigida.



X

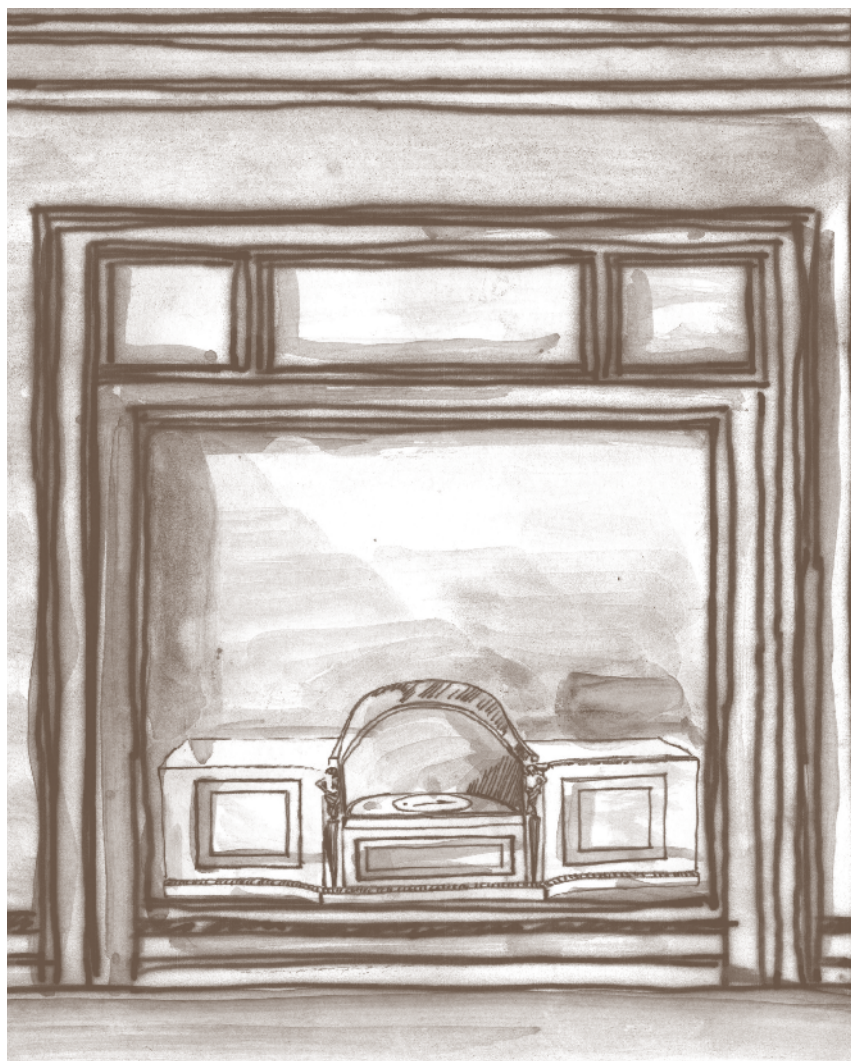
El Pasillo

En esta habitación de paso se exhiben diversas piezas que tienen que ver con la higiene masculina más íntima (tema que se completa en la sala XXI). La burguesía no se mostró muy interesada en tener un cuarto apropiado para su aseo, de modo que era habitual colocar una jofaina para lavarse en cualquier parte de la casa, o bien sacar los orinales para que fueran utilizados por los caballeros una vez se habían retirado las señoras.

En la vitrina derecha se muestra el retrete de Fernando VII que, en origen, fue instalado en una pequeña habitación destinada a la higiene íntima del monarca dentro del propio Museo del Prado —en la sala 39, donde en su momento se expusieron obras de Goya—. Es de caoba, con gran sillón central en cuyo asiento se abría un orificio para expulsar las aguas fecales. En estas cuestiones más íntimas no había tantas diferencias de clase: el retrete del rey era un mueble de lujo, imponente y acolchado, pero igualmente necesitaba de la consabida “evacuación”, que se realizaba a mano, recogiendo las inmundicias en unos recipientes instalados a tal fin. La fetidez debía inundar también el territorio de la realeza, llegando hasta el elegante y elogiado Salón del Prado.

A la izquierda se exhibe el estuche de viaje de Fernando VII y un bonito juego de agua del mismo origen, un pequeño tocador y diversos estuches y objetos de higiene (Depósito del Museo Nacional de Artes Decorativas, Madrid) que nos dan una clara idea sobre cómo trascurría el ritual de limpieza masculino.

Desde el punto de vista temático y enlazando con la sala anterior, hallamos en ésta un argumento muy relacionado con el paisaje: la ruina. Los monumentos del arte medieval se emplean ahora como elemento evocador de un mundo espiritual antiguo y perdido y son también imágenes de la propia mortalidad humana.



XI

El Comedor

En el periodo isabelino, se destaca esta pieza como nuevo elemento específico dentro de la casa. El comedor común se utilizaba sobre todo para la cena, ya que las demás comidas se podían hacer en salitas más pequeñas —llamadas habitaciones de desayuno— al igual que la sobremesa, que se solía llevar a cabo en una sala aparte o en el gabinete. Era el lugar doméstico gobernado por la etiqueta y también era el centro de reunión de la familia.



El techo, de la misma procedencia que los anteriores, tiene una decoración con los escudos de las provincias españolas y está iluminado por una bonita araña de cristal de La Granja (Segovia). En cuanto al mobiliario, no podía faltar la chimenea de mármol, la mesa —la misma en la que el general

Primo de Rivera ofreció una cena al Consejo de la Sociedad de Naciones— la consola o aparador, las rinconeras, las sillas livianas y las mesas servideras. Tanto éste como el servicio de mesa —en este caso de porcelana de París— e, incluso, los rituales y costumbres que se desarrollaban en la misma, solían seguir modelos foráneos, especialmente franceses.

Desde el punto de vista temático esta estancia se decora con un género muy utilizado en los comedores burgueses: el bodegón. En la pared opuesta y sobre un espejo, destaca uno de los cuadros más emblemáticos de todo el Romanticismo español: *La familia de Jorge Flaquer*, del catalán Joaquín Espalter y Rull. Se trata de los antepasados del fundador del Museo y es uno de los más bellos documentos sobre el desenvolvimiento de la intimidad familiar y de la vida doméstica y privada de la burguesía del momento.

XII

El Anteoratorio

Esta salita hace las veces de introducción y, desde ella, podemos ya contemplar el magnífico Goya que preside el Oratorio. Realmente es una antecámara que funciona también como un pequeño salón. El mobiliario se centra en un precioso y sobrio diván que va a juego con la sillería. En el centro, un curiosísimo velador circular —que sigue la moda medieval del Gótico— y cuyo tablero, de mármol blanco, es una losa sepulcral de la época.



Por lo que se refiere a la circulación temática, en esta zona y en el Oratorio se concentra casi la totalidad de la pintura religiosa del Museo. Podemos distinguir dos modos de aproximarse a este tema: el que acusa la influencia de la pintura barroca española del siglo XVII —a través del modelo de Murillo o de ejemplos más tenebristas, con fuertes contrastes lumínicos— o el que se centra en la obser-

vación de la realidad contemporánea, pero vista a través del tamiz del costumbrismo, que pretende recoger todo aquello que se consideraba más interesante y genuino de la vida popular española.

XIII

El Oratorio



El Oratorio —que, según viejos testimonios, es el que perteneció en su día a la casa— fue un espacio utilizado tanto para actos religiosos de carácter íntimo, como para la celebración de eventos sociales. Sabemos que los propietarios del palacio en esos momentos, los condes de la Puebla del Maestre, embellecieron y adornaron esta estancia, donde se veló al Marqués de Batares, primogénito de aquéllos, el 24 de abril de 1816.

El gusto neoclásico de las molduras de escayola y la noble geometría del pavimento siguen los patrones decorativos característicos de finales del siglo XVIII. Tanto los muebles —destaca el precioso reclinatorio de caoba, tapizado en terciopelo que perteneció a Isabel II— como las esculturas —barros con escenas religiosas— y los diversos objetos litúrgicos, invitan al recogimiento.

En el centro, encima del altar, se encuentra el magnífico lienzo de Francisco de Goya —*San Gregorio Magno, Papa*— procedente de la testamentaría del fundador del Museo, quien acertadamente anticipó la importancia del genial aragonés como precursor del Romanticismo. Lo acompañan una serie de pinturas españolas de época barroca, de la misma procedencia, junto a otras de artistas plenamente románticos, pero inspiradas en el Barroco, siguiendo los modelos de José de Ribera —por el uso de un fuerte claroscuro, sus formas bien construidas y su sentido de la realidad— o de Murillo —visible en el suave colorido, con predominio de tonos cálidos y la belleza de las figuras femeninas, de expresiones amables y dulces—.

XIV

La Sala de Juego de Niños

La mayor presencia de los hijos en la casa produjo un cambio en la intimidad: la madre podía compartir su dormitorio con los niños pequeños pero, los mayores, dormían ya en habitaciones separadas. El dormitorio infantil podía hacer también la función de cuarto de juegos y tenía como condición el trazado de un itinerario independiente, a través del que se podía llegar a este espacio sin necesidad de perturbar las actividades de los adultos.

El ámbito de influencia femenina está estrechamente conectado con las habitaciones de la dueña de la casa. Tiene un mobiliario menos formal, así como diversos objetos y juguetes diseminados por todo el espacio y las vitrinas. Con sus paredes pintadas de amarillo, esta habitación ha perdido todo el aire de ceremonia y se ha convertido en un lugar alegre y práctico.



El retrato infantil tuvo gran éxito durante el periodo romántico, coincidiendo con una especial valoración de los niños. Este género nos introduce, además, en otros aspectos que afectan a la vida de los pequeños del momento: divertimentos y juegos, el estudio, la moda, las mascotas, las aficiones, etc. Otros temas muestran la afectuosa relación madre e hija o la muerte infantil, demasiado frecuente dadas las enfermedades y el estado poco avanzado de los conocimientos médicos y que, también, dejaba su huella en la propia realeza.

XV

El *Boudoir*

Aquí comienza el itinerario por las dependencias femeninas. En este momento la mujer se convierte en la reina de la casa, a la que consigue dar un aire acogedor, como centro de afectos y encuentros sentimentales, refugio espiritual frente al ámbito de lo público.

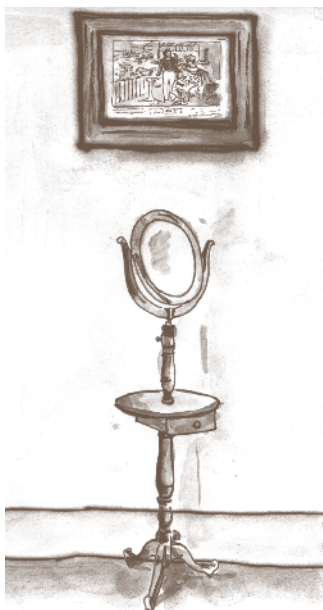
Influenciada por las novedades venidas de París, una dama elegante no podía dejar de tener esta estancia de confianza, exclusiva para su uso personal y el de sus visitas más íntimas. Era un lugar donde podía leer, escribir, coser o recibir de manera informal. El desorden y la acumulación que reinaba en el *boudoir*, —que era un nido de cosas bellas y preciosas— era síntoma de la irracionalidad de la mujer y de su ánimo cambiante y caprichoso, como se pensaba en estos momentos: las vitrinas están repletas de preciosos accesorios y bibelots (objetos pequeños de escaso valor).



Por lo que se refiere al itinerario temático, en esta estancia se inician algunos de los tópicos más característicos del ideal femenino romántico: su condición de madre y la relación con los hijos; el desnudo, género poco frecuente que se circunscribió especialmente —junto al tema de la seducción— al mundo de la estampa; y ciertos retratos femeninos que consiguen evocar el ideal de belleza frágil, etérea y elegante tan propio de la época.

XVI

La Alcoba Femenina



El dormitorio femenino adquiere una fuerza simbólica especial, ya que es donde la mujer se encuentra más libre, donde podía llevar a cabo todas esas “acciones misteriosas”: desde guardar una carta de amor o un recuerdo especial, hasta leer o asearse. El hecho de tener una habitación propia, demostraba una mayor conciencia de individualidad, de vida personal y la necesidad de expresar esa individualidad de forma física.

En este refugio de los recuerdos y de los grandes y pequeños secretos, no podía faltar el escritorio portátil de sobremesa, el tocador —con sus diversos frascos para el cuidado de la piel o para el perfume—, el costurero, el “paje” —espejo con pie alto y

con una mesilla para colocar los utensilios de tocador— y el *somno* o mesita de noche, con puerta frontal para guardar el bacín. La cama, de tipo góndola (*bateau*), sigue patrones del estilo Imperio y está recubierta por amplio dosel, elemento textil que contribuye a aprovechar al máximo el calor. El dominio del tapizado hace de la habitación un auténtico refugio. Al lado, una preciosa cunita también en estilo fernandino y un rincón para el retiro y la oración, con un pequeño reclinatorio de nogal y diversos elementos decorativos de valor simbólico y emocional.

Por lo que respecta al itinerario temático, en esta sala se han incluido asuntos referidos a la familia —y la relación materno filial, como el tema de la “buena madre”— el matrimonio y la boda.

XVII

El Gabinete de Larra

Las actividades propias de cada sexo se reflejaban en habitaciones diferentes. En esta zona iniciamos el ámbito masculino de la casa, decorado de forma más seria y austera: sobrio sofá —que conserva su tapicería original— de estilo fernandino, dos cómodas de cajones, de hacia 1830, con una función específicamente masculina y, en el centro, un pequeño y sobrio velador de inspiración medieval.



Este pequeño gabinete está dedicado a la emblemática figura del escritor Mariano José de Larra. Conocido también por los seudónimos de «Fígaro» y «El Pobrecito Hablador», fue seguramente el mejor literato y periodista de la época romántica. Su temperamento sarcástico y decepcionado con la realidad española, junto a sus turbulentos amores con Dolores Armijo, fueron las causas de su suicidio. Además de pintura y diversos objetos pertenecientes a Larra —depositados desde el año 1924 por

sus descendientes— se mostrarán algunos otros temas como la literatura (que se continuará en la sala siguiente), el periódico y la prensa, así como el suicidio y la muerte prematura del genio.

En la literatura romántica siempre está presente el tema de la muerte y especialmente la idea de suicidio. Pero no todos estaban de acuerdo con esta fúnebre “moda”: Leonardo Alenza confirma esta tendencia crítica en sus dos cuadritos —*Sátiras del suicidio romántico*—, seguramente las imágenes más emblemáticas de todo el Romanticismo español.

XVIII

La Sala de la Literatura y el Teatro

Los objetos están impregnados de valores afectivos y de sentimientos; forman parte de las relaciones de las personas que habitan la casa y crean con ellas una relación casi psicológica. El mueble tiene también una función simbólica: dependiendo del lugar y la forma en que se ubique, indicará diferentes grados de ceremonia y modos de comportamiento. La idea de que algunos muebles fueran masculinos y otros femeninos, subrayaba una realidad social que era evidente también en el vestido y en las costumbres.

Totalmente femenina es la preciosa cómoda que perteneció a la poetisa Carolina Coronado. En estos momentos se opera un tímido cambio en el estatus de la mujer y, aunque las actividades de escribir, leer o pensar seguían siendo consideradas como enemigas del género femenino, no faltaron las excepciones.



El recorrido temático está centrado en la literatura y el teatro y se muestra a través del género del retrato. Las reuniones y la amistad entre artistas de diversos géneros fueron muy comunes durante el Romanticismo, interesado en fomentar la ruptura de las barreras que existían tradicionalmente entre las artes. El escritor cobra una nueva sensibilidad visual que, en ciertos autores románticos como el Duque de Rivas (sala IV) o Bécquer (sala XVII), se une a un conocimiento técnico y experi-

imental de la pintura. A su vez, los temas literarios —como la muerte, la doncella o el diablo— ejercieron una influencia fundamental en las artes plásticas.

XIX

El Fumador

En estos momentos el tabaco fue conquistando progresivamente los espacios públicos y privados, como testigo y símbolo de la masculinización de la sociabilidad. No olvidemos las virtudes que ciertos médicos atribuían todavía al humo.



El *fumoir* o fumador apareció con el fin de dotar al padre de familia de una atmósfera no tan rígida, sino más evocadora del sueño y el bienestar. Era un lugar para retirarse a fumar que invitaba al reposo; de ámbito privado y para visitas de total confianza. Normalmente su decoración estaba inspirada en el mundo oriental y, en especial, árabe. La restauración de la Alhambra de Granada, en los años 1860-70, contribuyó a acrecentar la moda del gabinete árabe en la vivienda privada burguesa.

Desde el punto de vista temático, esta sala nos brinda una afortunada ocasión para mostrar la influencia que el orientalismo y el exotismo ejercieron sobre el movimiento romántico: Egipto, Marruecos e, incluso, la antigua herencia oriental y musulmana de España, que ahora se pone de moda en toda Europa, generando una gran oleada de viajeros extranjeros para los que fue vital ese mundo ilusorio, entre medievalista y novelesco, que creían existía en nuestro país.

El Gabinete



El gabinete —dentro del área masculina— fue en realidad un salón de recibir. La moda imperante reflejaba una acumulación de muebles de diferentes estilos y funciones. En este “templo” de la conversación y de las veladas íntimas, no podía faltar el pianoforte, instrumento de entretenimiento por excelencia. Las mesitas y veladores ocupaban ya una zona central en la habitación; también había pequeñas “sillas de arrimo” —ligeras y sin brazos—. El confidente —dos plazas opuestas y enfrentadas— era el si-

llón de los secretos, siendo también conocido en España con el sugerente nombre de *vis à vis*. La sillería parece imitar las lacas orientales y responde a la influencia del mueble filipino, tan de moda durante el reinado de Isabel II, como los veladores y las tres bonitas consolas.

En cuanto al itinerario temático, continúa con el discurso iniciado en la salas XVII y XVIII —dedicadas al artista en su vertiente literaria— mostrando en esta ocasión la imagen del artista plástico, su nueva visión del mundo y el concepto de genio. Éste, emulando al burgués, también se afirma a través de retrato y del autorretrato, en el que se define a sí mismo y cómo quiere ser visto por los otros. Se empieza a vislumbrar la idea de que el hombre solamente es grande por sus cualidades y por los beneficios que sus acciones puedan procurar al conjunto de la sociedad, considerando la idea del mérito por encima de la de la cuna.

El Dormitorio Masculino

El dormitorio masculino tiene un aspecto más grave y severo. Las paredes estaban decoradas con un amplio zócalo o arrimadillo que imitaba, mediante la pintura, otros más ricos de madera, como podemos ver en las catas practicadas en la pared.



Los muebles son menos elegantes y más prácticos: cama de estilo Carlos IV, cómoda tocador o lavabo, que suponía un ahorro de espacio porque, una vez cerrada, su función higiénica no era evidente; tocador masculino para guardar los útiles de aseo, orinal o Dompedro, mesita de noche, donde depositar la botella y el juego de agua y un *psiqué* o espejo basculante de cuerpo entero, que presenta un par de candeleros para colocar las velas, lo que permite su utilización por la noche.

En esta zona se mostrarán retratos masculinos, llevando a cabo una pequeña galería de diversos personajes prototípicos de la época: desde el “rebelde” romántico, con resonancias del bandido noble que, junto a los artistas, forman una gran familia espiritual de visionarios que, conscientes de sus dones, llegan a hacer de su propia existencia una aventura particular; el marino, símbolo de la libertad y del riesgo, de una vida fuera de la convención y la rutina; el lechuguino y el *dandy*, obsesionados por la moda; hasta los personajes “oficiales”, de importancia política y social.

XXII

El Despacho



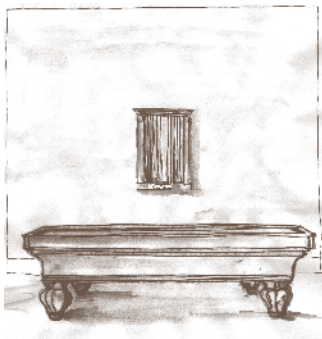
El despacho era la habitación de trabajo y por ello solía tener una decoración muy contenida y seria. Las paredes se decoran con un papel, de gusto muy inglés, con motivos sobrios, y los muebles combinan el estilo fernandino, sencillo y austero, con el isabelino, caracterizado justamente por lo contrario, ya que busca, ante todo, la comodidad —suelen ser muebles bien acolchados y mullidos— unida a una cierta ostentación, que no logra ocultar el progresivo empobrecimiento de los materiales y las técnicas.

Destaca la importante mesa de despacho de estilo Reina Gobernadora en madera de caoba, con cinco cajones en el frente —con decoración de taracea alrededor de la bocallave— y dos cajones secretos laterales. Perteneció al Marqués de Remisa —se exhibe junto a su retrato en el que también aparece reproducida— y fue adquirida a Isabel Regoyos, viuda del pintor y Director del Museo del Prado, Aureliano de Beruete.

El recorrido temático prolonga la galería humana iniciada en la sala anterior a través de diversos personajes relacionados con los prototipos masculinos del momento: militares, banqueros o “nuevos ricos”. Un tipo muy común fue el burgués adinerado, el hombre de negocios o el que ostentaba importantes cargos oficiales. Solía ser también un intelectual, muchas veces coleccionista, sensible y atento a la cultura del momento. Su alta posición social se reflejaba en el ambiente que le rodeaba.

XXIII

La Sala de Billar



Otro espacio característico de la sociabilidad masculina fue la sala de billar, que debía estar situada cerca de los salones nobles y del comedor —se solía jugar después de comer, para “bajar” los alimentos o en las interminables tardes de asueto—. El billar moderno llegó a España con la dinastía borbónica y fue un juego vinculado a la aristocracia. La mesa de billar fue conocida como mesa

de trucos; está firmada por uno de los fabricantes con mayor fama del momento: Francisco Amorós, en Barcelona, que, además, escribió una importante *Memoria sobre la construcción de mesas de billar*. Sirven de apoyo al juego varios accesorios, como son la taquera, una guía para tacos y varios juegos de tacos, además del ábaco o contador.

La sillería, compuesta por tresillo o sofá, sillón y sillas, es típicamente isabelina, y está fechada en torno a 1860. Se caracteriza por un suave ondulado —símbolo de la nueva religión del “confort”— que parece envolver discretamente al que se sienta en ella. Se diría que haya sido curvada a propósito, siguiendo ese concepto de amabilidad acogedora.

En este ámbito de entretenimiento exclusivamente masculino era muy común que las paredes estuvieran adornadas —casi forradas— con retratos únicamente femeninos (estupenda ocasión para llevar a cabo una galería de este tipo de género tan romántico). Son una oportunidad única para comparar cómo se van desarrollando las modas —peinados y accesorios— y cómo van cambiando, junto al ideal de belleza, a lo largo del siglo.

XXIV

La Estufa o *Serre*

El gusto por las plantas y la naturaleza fue una característica plenamente romántica. Asistimos en estos momentos a un elogio de la vida campestre que, evidentemente, se hizo desde la ciudad y que constituyó la primera protesta en contra de la vida urbana moderna. Por ello la estufa, también llamada *serre* –palabra francesa– o invernadero de plantas se puso inmediatamente de moda, espacio destinado a todo tipo de plantas, especialmente las exóticas, que hacían las delicias de los curiosos y suponían un elemento de prestigio para la casa. Además, su naturaleza privada y enclaustrada prometía un refugio ante el fragor del mundo.



En la vitrina de la izquierda se exponen delicadas piezas de opalina –vidrio translúcido, de aspecto ligeramente lechoso– de la Real Fábrica de La Granja de Segovia (Depósito del Museo Nacional de Artes Decorativas, Madrid) y, en la derecha, curiosísimas piezas de vajilla de cerámica estampada –técnica de origen inglés y de tipo industrial que se pone de moda en estos

momentos– realizadas en la fábrica de La Amistad (Cartagena), Sargadelos (Lugo), La Cartuja (Sevilla), etc. La decoración se completa con bonitas porcelanas orientales y pequeñas y coquetas banquetas de influencia francesa.

XXV Y XXVI

La Sala de Interactivos y el Teatrino

En las dos últimas salas comienza un área destinada a profundizar en los temas que hemos tenido ocasión de ver durante el itinerario. Se da la oportunidad al visitante de ampliar información, consultar estampas originales o libros y acceder a distintos juegos interactivos.

Finalizamos con la reproducción del edificio del Museo en una gran maqueta, a través de cuyos vanos podemos “espiar” cómo transcurría la vida cotidiana de la época en algunas de sus dependencias. Habitualmente la casa se dividía en territorios, con una distribución que se llevaba a cabo por plantas, de forma que las actividades estaban separadas verticalmente. A la planta baja se accedía por un espacioso zaguán, con una gran puerta de entrada para carruajes, como podemos ver en la reproducción. La planta baja solía estar destinada a dependencias del servicio, como la cocina, despensa, bodega, comedores para criados, lavaderos, leñera, guarnés, etc.

En la planta principal estaban las habitaciones más importantes, que podían pertenecer a tres categorías diferentes: habitaciones de respeto o de recepción, habitaciones formales y habitaciones de o para la comodidad, destinadas al uso privado del dueño o dueña de la casa. Como ejemplo de espacio público se representa el salón de baile, y el comedor, como espacio semipúblico o formal .

En la zona del desván o ático solían encontrarse los dormitorios para la servidumbre, cuartos de plancha y costura. El ámbito de servicio de la casa era realmente “el espacio escondido” ya que, tanto los propios criados como sus dependencias, no debían ser vistos. Lo normal era que por cada miembro de la casa hubiera, al menos, unas diez personas destinadas al servicio, que muchas veces vivían con sus respectivas familias. Las diversas plantas se articulaban a través de dos escaleras: la principal, que conectaba la planta baja con la zona noble de la casa y la de servicio, en el otro extremo del patio, que ponía en relación todas las dependencias desde el sótano al ático.



Textos: Begoña Torres González
Ilustraciones: Estudio G_cero



MINISTERIO
DE CULTURA

San Mateo, 13 28004 Madrid